



TOULOUSE

*entre el pasado
y el futuro*

LUIS FERNANDO GONZÁLEZ ESCOBAR

FOTOGRAFÍAS DEL AUTOR

Ninguna ciudad se brinda plena al visitante. No se puede desentrañar por más pequeña que sea. Guardará siempre secretos y misterios. Apenas nos aproximamos a ella por balbucesos o en mínimas porciones. Siempre quedarán incógnitas por despejar en una próxima oportunidad, si esto es posible, pues algunas solo las visitamos una vez en la vida. Y aun volviendo a recorrer las mismas calles revelarán otros fragmentos y nuevas perspectivas de lectura. Obviamente, si la mirada va más allá de los tópicos del turismo de masas contemporáneo. Hay ciudades que, precisamente, el turista conoce antes de recorrerlas. Van a ver lo que ya han imaginado que verán. No es culpa de la ciudad, sino del turista que ha construido su propio imaginario. El visitante más atento se saldrá de la ciudad típico para sorprenderse. Pero son las ciudades predefinidas a las que la mayoría quiere ir. Viajar a Francia, por ejemplo, implica, para cientos, para miles, para millones en el mundo... estar en París. Se toma la parte por el todo. Francia es París. No el gran París, solo la ciudad, con sus veinte distritos, la que a su vez es una Comuna, donde está lo que se ha soñado y se quiere ver: Torre Eiffel, Arco del Triunfo, Campos Elíseos, Notre Dame... Esa París, “capital de la modernidad”, como la llamara en uno de sus libros el geógrafo David Harvey.

Por su tamaño, historia e iconografía, París opaca otras ciudades hermosas, valiosas y ricas en historia como Marsella o la antiquísima Massalia, fundada por marineros griegos a orillas del Mediterráneo, hace más de 2.600 años, como colonia comercial, por donde entró el cultivo de vinos a Francia; aún sorprende su viejo puerto al salir de la boca del metro, que permite ver la espléndida y calma belleza de sus aguas enmarcadas en ese gran anfiteatro de colinas, fuertes,

iglesias y arquitecturas centenarias. Lyon, la antigua fundación romana y como tal implantada en una colina —Fourvière—, capital de la Galia, en la confluencia de los ríos Ródano y Saona, actualmente la tercera ciudad del país. O Toulouse, la cuarta en población, que también hunde sus raíces en los tiempos romanos, cuando se fundó como Tolosa, la misma que fuera siglos después capital visigoda, también el centro del Condado de Tolosa desde el siglo VIII hasta su anexión a Francia en el siglo XIII, o centro de la cultura cátara, aquella religión que a principios del siglo XIII fuera declarada hereje por la oficialidad católica, y por ello perseguida y exterminada a lo largo de ese siglo, una de las razones del fin de Tolosa y de su anexión al reino de la Francia católica.

Toulouse, precisamente, es una de las ciudades que sorprende. No tiene imágenes tan potentes e icónicas como París, pero los referentes dan cuenta de su historia, muy centrada en los furores religiosos que marcaron buena parte de esta región conocida como la Occitania, al suroccidente de Francia. La ciudad histórica, la *cité*, está definida por las torres y cúpulas de conventos, claustros e iglesias que se destacan en ese paisaje urbano de calles intrincadas, laberínticas y de permanentes cambios de dirección, propias de una ciudad medieval, la que se consolidó en el auge urbano de los siglos X al XVI sobre la traza romana, cuyo cruce del *cardus* —eje principal de norte a sur— con el *decumanus* —eje oriente a occidente—, donde se localizaba el antiguo *forum* y a partir del cual se desplegaba ese damero ortogonal, queda hoy en lo que es la plaza de Esquirol. Pero de la racionalidad romana quedan pocos vestigios, sometida al capricho medievalesco de calles que cambian de rumbo permanentemente, propias para la pérdida y las sorpresas. En esa traza



ARRIBA. Torre de la basílica de Saint-Sernin, ubicada en la plaza del mismo nombre, construida entre los siglos XI y XII

ABAJO. Detalle de la terminación de la columna en forma de palmera, en el ábside de la antigua basílica del convento de los jacobinos



destacan arquitecturas que son representativas de formas románicas como Saint-Sernin; la catedral de Saint-Étienne, que da cuenta de la transición del románico al gótico, o la iglesia del Convento de los Jacobinos, decididamente gótica. Apenas tres ejemplos singulares entre más de noventa obras de arquitectura religiosa.

Por ejemplo, la de Saint-Sernin, construida en homenaje a un mártir católico local y primer santo, cuyo nombre, Saturnino, varió del latín al occitano, hasta llegar al francés como se conoce hoy. Esta iglesia es relevante dentro del románico por ser el segundo ejemplo de este estilo en Francia, a la vez parte de un conjunto monumental y representativo de edificaciones religiosas en el camino de Santiago de Compostela, con las que comparte cualidades espaciales y formales al servicio de los peregrinos; de hecho, una de las razones fundamentales para el inicio de su construcción a partir del año 1070, y que se prolongó por más de cuatro siglos, fue la inclusión de Toulouse en una ruta principal de este famoso e histórico recorrido de peregrinaje que salía de Arles. El tiempo de la obra se refleja en esa torre campanario, en forma de octógono, perceptible y dominante en el perfil urbano de la *cit *, donde se superponen formas y maneras constructivas en los diferentes cuerpos hasta llegar a la flecha que la corona, que fue terminada en 1478.

Por su parte, el Convento de los Jacobinos es un referente de memoria histórica regional fundamental. Su nombre recuerda de alguna manera los tiempos revolucionarios franceses con su iconoclastia y el vandalismo, especialmente contra los símbolos religiosos y de la aristocracia, cuya ola destructora trajo como reacción la formación de las primeras instituciones de defensa de los monumentos históricos desde finales del siglo XVIII. El nombre actual del convento tiene relación con los revolucionarios republicanos del Club de los Jacobinos que, en el propio París, también tuvieron como sede el convento de los frailes dominicos. En el caso de Toulouse, el convento fue abandonado en



Claustro del convento de los jacobinos, con sus arcadas, en donde los capiteles son diferentes entre sí

1791 por sus promotores iniciales, los dominicos, en pleno furor revolucionario, luego de lo cual fue caballeriza y cuartel, hasta su recuperación desde la segunda década del siglo xx. Esta obra arquitectónica es paralela a la conformación de la comunidad de los dominicos, o la orden de los predicadores como se le llamó inicialmente, cuando el español Domingo de Guzmán creó esta orden mendicante, en tiempos de las acciones contra la doctrina de los cátaros —primeras décadas del siglo XIII—, que se habían hecho fuertes en la región. Declarados como herejes por la oficialidad católica, primero intentaron su conversión mediante la prédica por la acción de los dominicos, después por la fuerza, en la llamada cruzada albigense, en la que se combinaron religión, política e intereses económicos y territoriales, en este último caso hasta el punto de

terminar con la autonomía de los príncipes occitanos, sometidos por el rey de Francia. Este es uno de muchos ejemplos que recuerdan aquellos momentos históricos en esta región del sur francés.

Más allá de la memoria histórica y las evocaciones que se derivarían, el Convento de los Jacobinos, en términos estrictamente arquitectónicos, es también un referente importante. Sus formas, espacios, materiales y técnicas muestran la arquitectura que estaba en pleno furor a principios del siglo XIII, lo cual se expresa especialmente en el claustro y en la iglesia del convento. El claustro da cuenta de los espacios propios de la deriva que dejó el proyecto cisterciense que se regó por la geografía europea en su momento de esplendor y mayor auge, entre los años 1120 y 1200, en el que el monasterio jugó un papel fundamental en ese

La ciudad histórica, la *cit *, está definida por las torres y c pulas de conventos, claustros e iglesias que se destacan en ese paisaje urbano de calles intrincadas, laberínticas y de permanentes cambios de dirección, propias de una ciudad medieval, la que se consolidó en el auge urbano de los siglos X al XVI sobre la traza romana.

Llamado a la vida comunitaria, la virtud de la pobreza y la vuelta a la austeridad perdida. Todavía se percibe esto en el claustro construido por los dominicos entre 1299 y 1301, y restaurado a partir de 1920, con sus jardines, corredores, arcadas de arcos apuntados y columnas pareadas con capiteles con decoraciones florales, cada uno diferente, pero sin recargos ornamentales. Austeridad arquitectónica que también se observa en el exterior de la iglesia con sus macizos muros y contrafuertes de ladrillo, que contrastan con el interior de la misma, donde el alto espacio interior es dividido en dos naves por un conjunto de grandes columnas redondas de mármol de más de veinte metros de alto, cuyos capiteles se abren en abanicos para encontrarse con la nervadura de las bóvedas del techo, especialmente la que remata la nave, conocida como la palmera, que se abre de manera grácil en once nervios, y compite en belleza con la de la sala capitular de Salisbury en Inglaterra, construida entre 1263 y 1284; tal vez esta influyó en el caso tolosano.

Estos dos monumentos arquitectónicos brevemente descritos, más la ya referida catedral Saint-Étienne y la iglesia y el convento de los Cordeliers —de lo cual quedan las ruinas de la torre, declaradas como monumento nacional francés—, forman parte de ese momento de esplendor arquitectónico y urbano de la *cit * en los siglos XIII y XIV; a la vez, los cuatro son parte de la conformación de un desarrollo estilístico particular del gótico, denominado gótico meridional o languedoniano, derivado del

nombre de la provincia, esto es, el Languedoc. Un gótico muy diferente al desarrollado en la llamada *Ile-de-France*, esto es, París y sus alrededores, ya fuera la propia Notre Dame, Saint-Denis, Chartres, Reims o Rouen, entre otras, paradigma de ese gótico vertical y de piedra, con bóvedas y arbotantes, grandes ventanales e impactantes rosetones, profusa ornamentación y remates en pináculos, entre otras características fundamentales. En cambio, al sur predominaba el ladrillo, siguiendo la tradición constructiva local, con muros macizos, contrafuertes, ventanas más reducidas y prácticamente en forma de baluartes, como en Toulouse o la cercana Albi. Un lenguaje que tiene incluso rasgos tan particulares como el denominado arco mitrado, tal y como lo describió en su *Diccionario razonado de la arquitectura francesa* el arquitecto Viollet-le-Duc, quien trabaj  en la restauración de varias obras en esta región en la segunda mitad del siglo XIX. El arco está presente y caracteriza los campanarios de las edificaciones religiosas señaladas, y se mantuvo en ejemplos de arquitectura moderna, mostrando su particular vigencia.

Algunos ven en esas formas arquitectónicas macizas de ladrillo obras defensivas de los cátaros; otros, las imposiciones de la propia materialidad y algunos, las reglas de austeridad propias de las comunidades monásticas que se proyectan en las formas. Pero lo cierto es que el ladrillo es el lenguaje que distingue esa arquitectura, con su textura y color, para hacer de ella una marca de ciudad, la “ciudad rosa”—la proyección de luz sobre el ladrillo— o la “ciudad roja”, más cercana al tono de la arcilla.

A esa ciudad histórica, que cruza el río Garona, a veces de manera furiosa y las más de las veces en un plácido discurrir de aguas en las que se reflejan c pulas, puentes y luces nocturnas, es a la que canta Claude Nougaro, otro símbolo de la cultura tolosana, cuya escultura qued  entronizada en la plaza Charles de Gaulle desde 2014. En aquella famosa canción con el nombre de la ciudad, el poeta y cantante recuerda la ciudad de su infancia, la de la iglesia Saint-Sernin y el Capitolio, la del ladrillo rojo en el *Boulevard des Minimes*, la que llaman *Ville Rose*, pero ya con las calles destripadas por las obras de infraestructura producto de las transformaciones urbanas, de edificios que crecen en la altura, una ciudad que se expande hacia otros

ARRIBA. Torre del convento de los jacobinos, con su rico trabajo en ladrillo, en el cual que destacan los arcos mitrados, característica de la arquitectura de esta región francesa

ABAJO. Edificio Thalès en Rangueil, Toulouse, ejemplo de la arquitectura contemporánea

territorios como Blagnac. La canción refleja la nostalgia de la ciudad ida, pero a su vez señala el horizonte hacia otras fronteras territoriales.

Aunque antes de los cambios que con pena canta Nougaro, ya desde el siglo XVIII había comenzado a cambiar el interior de la ciudad histórica, con arquitecturas de corte neoclásico como el palacio de gobierno —Capitolio— o el teatro en el siglo XIX, así como mucha de la arquitectura civil e institucional, hasta la arquitectura de hierro de la plaza Victor Hugo a finales de este mismo siglo. Pero, fundamentalmente, es a partir de la segunda mitad del siglo XIX cuando la ciudad supera su perímetro de murallas, sus puertas históricas, y se abalanza sobre los barrios, ya por obras como la estación para trenes de Matabiau con sus efectos en barrios aledaños, o las obras de protección del barrio Saint-Cyprien después de la espantosa inundación del Garona en 1875, lo que incluyó obras hidráulicas y de embellecimiento paralelas a este río. Los territorios de suburbio y de ruralidad próxima, con sus casas tradicionales construidas en relación directa con la agricultura (de ahí el nombre de aquellas casas conocidas como *toulousaine*, de primera y segunda generación, que varían de acuerdo con su disposición alargada respecto a la calle y a la zona productiva del jardín, y *maraîchère* u hortelana) fueron engullidos en la medida que la *cité* se expandía y se conectaba con los puentes sobre el Garona y los diferentes bulevares, aunque hoy todavía hay algunos ejemplos de esta arquitectura sencilla, de gran economía, pero de sutil belleza, que se mantienen en medio del creciente paisaje urbano.

El crecimiento más allá de la *cité* impactó una gran zona, al punto de formarse una aglomeración urbana sobre lo que fuera un territorio fundamentalmente agrícola. Pequeñas comunidades se conurbaron, otras comenzaron a depender funcionalmente y otras quedaron en el radio de influencia de lo que en ese complejo mundo del ordenamiento territorial francés se llama una “área urbana”, para formar lo que se conoce como la “aglomeración del Grand Toulouse”: una dilatada ocupación de



comunidades rurales y urbanas —entre pequeñas y medianas—, que tienen como polo a Toulouse y suman más de un millón doscientos mil habitantes, lo que la convierte en la cuarta de Francia. Esa gran aglomeración la forman las intercomunidades de Toulouse Metropole —la más grande, con treinta y siete mil habitantes—, Muretain, Sicoval y la Save au Touch —la más pequeña, con cerca de treinta mil habitantes—. El territorio está ocupado de manera dispersa en una sumatoria de pequeños centros poblados, urbanizaciones suburbanas, instalaciones industriales y nuevos centros de desarrollo tecnológico. Así, en ese antiguo paisaje de la provincia languedociana se combinan arquitecturas residenciales individuales y en conjuntos, entre tradicionales y modernas, con bloques y torres acristaladas de arquitectura contemporánea que se van imponiendo como los nuevos íconos. Se va del paisaje bucólico al futurista. Del emplazamiento de los antiguos castillos a los cohetes. A la *cit e* histórica, con su memoria y patrimonio, se contraponen ahora el imaginario y la narrativa de la *cit e de l'espace*.

Un desarrollo que ya tiene una cierta tradición, en tanto la aviación y la industria aeronáutica se hicieron su lugar desde los inicios del siglo xx. La combinación entre el desarrollo de la aviación, su uso militar —primero para el reconocimiento pero después como arma de guerra— y la urgencia de construir más aviones de combate por parte del gobierno francés para utilizar en la Primera Guerra Mundial condujeron a reconvertir unas instalaciones destinadas a la construcción de vagones para

En ese antiguo paisaje de la provincia languedociana se combinan arquitecturas residenciales individuales y en conjuntos, entre tradicionales y modernas, con bloques y torres acristaladas de arquitectura contemporánea que se van imponiendo como los nuevos  conos. Se va del paisaje bucólico al futurista.

ferrocarril en una industria aeronáutica; de esta manera, el empresario Pierre-Georges Lat co re hizo de la zona de Montaudran el eje de producción inicial de mil aviones que debía construir por encargo del Ministerio de Armamento del gobierno francés. Los mismos años de la Primera Guerra (1914-1918) llevaron los planteamientos de los pioneros de la aviación —entre los que se cuenta el ingeniero Clément Ader, considerado el inventor del avión, o al menos del nombre, nacido en Muret, cerca de Toulouse— a unos desarrollos técnicos y productivos inusitados al final de la misma, y Montaudran fue un sitio fundamental para ello. De ahí en adelante seguiría un proceso de desarrollo sostenido que ha hecho que hoy sea una de las sedes fundamentales de la industria aeronáutica, incluyendo una sede de Airbus para el ensamble de estos reconocidos aviones, y de la industria aeroespacial: la *Cit e de l'espace* es un parque recreativo temático que de alguna manera refleja este mundo espacial de aviones, cohetes, satélites, desarrollos técnicos y tecnológicos, y de esa visión futurista que, también, está expresada en arquitecturas representativas de ese imaginario, como el edificio Thales, sede de una empresa de la industria aeronáutica, cuya arquitectura da esa sensación espacial, de ligereza y aerodinámica en la envolvente de anillos sobre los volúmenes vidriados.

Pero aun así, futurista, los nuevos proyectos vuelven sobre la historia. En este caso, sería lo que el antropólogo brasileño Renato Ortiz ha denominado para otros ámbitos como una tradición moderna. Las hazañas pioneras de los vuelos salidos del aeródromo de Montaudran son puestas en escena para construir un relato que le d  sentido a un desarrollo urbanístico, dentro del concepto de ciudades inteligentes, que tiene como eje la pista del mismo, en el que se incluye un museo temático; de esta manera se celebra el primer viaje aeropostal de Lat co re entre Toulouse y Barcelona en 1918, o el viaje transoceánico hacia Buenos Aires y Río de Janeiro en 1927, la remontada de los Andes entre Buenos Aires y Santiago de Chile, entre otras hazañas de líneas aeropostales o de transporte de pasajeros, en lo cual Montaudran es el primer terminal de Francia. Una vuelta a un pasado inmediato que sustenta un proyecto de futuro, al igual que ocurre en otros proyectos intercomunitarios que tratan de reinventarse y construir un

relato a partir de elementos fundamentales en la historia urbana o del paisaje, como los planteados alrededor del canal du Midi, una proeza de la ingeniería, construida entre 1667 y 1694, con el diseño y la dirección del ingeniero Pierre-Paul Riquet, que permitía comunicar a Toulouse con el mar Mediterráneo; después, complementado con el canal de Garona, llevaba del Mediterráneo al Atlántico sin dar la vuelta por Gibraltar. Este canal, inscrito como Patrimonio de la Humanidad

por la UNESCO desde 1996, es el eje o referencia de varios proyectos intercomunitarios.

Para sorpresa de quienes hablan del futuro como algo evanescente, sin raíces, surgido de manera espontánea de la nada, toda esa visión futurista se ancla necesariamente en el pasado. Incluso ese gran Toulouse provincial o metropolitano, que trata de afincarse en principios de ruralidad y de paisaje, en lo ambiental y lo ecológico, lo hace por contraste con la *cit e* hist orica que,



destripada y transformada en la visión nostálgica del poeta Nougaro, sigue siendo un referente con sus torres y sus cúpulas, sus ladrillos en tonos rojos o rosas, sus callejuelas intrincadas, su memoria y su patrimonio, a donde buena parte de la ciudad converge como lugar de encuentro y socialidad. Escenario que reúne y atrae por sus historias aún no dichas, que siempre queda abierto para seguir explorando... ciudades que no se agotan ni para el habitante ni para el visitante. ■

Luis Fernando González Escobar (Colombia)

Profesor asociado adscrito a la Escuela del Hábitat, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín). Trabajo realizado dentro del proyecto de la red ciudades del futuro TVIF.

IZQUIERDA. Embarcaciones de turismo en el *Canal du Midi* (Canal del Mediodía), en las afueras de la ciudad de Toulouse

ARRIBA DERECHA. Valla publicitaria en homenaje a los aviadores pioneros, en el proyecto del antiguo e histórico aeropuerto de Montaudran

ABAJO DERECHA. Remate arquitectónico en la Cité de l'Espace

